

«*Si mi pluma valiera tu pistola*».  
*Adquisición y usos de la escritura  
en los frentes republicanos  
durante la Guerra Civil española*<sup>1</sup>

Antonio Castillo Gómez

Verónica Sierra Blas

Universidad de Alcalá

*Resumen:* De los versos de Machado dedicados a Lister y convertidos después en título de un famoso libro de Fernando Díaz Plaja, nacen hoy estas líneas, cuando se cumplen setenta años del comienzo de la Guerra Civil española. Una guerra que hundió al país en interminables años de terror y represión y que si tuvo algo de fascinante, entre tanta miseria, fue que en sus trincheras se libró una batalla constante contra el analfabetismo. La escritura y la lectura se convirtieron en aquellas otras armas que los soldados debían aprender a dominar para vencer al fascismo. Se crearon así escuelas improvisadas en los frentes, se nombraron maestros para impartir las clases (las milicias de la cultura) y bibliobuses cargados de libros, revistas y periódicos gratuitos irrumpieron en la vida cotidiana de los combatientes. Este trabajo analiza varios cuadernos de clase empleados por algunos soldados de la 145.<sup>a</sup> Brigada Mixta del ejército republicano que reflejan cómo se llevó a cabo este proceso de adquisición de la escritura en medio de la lucha.

*Palabras clave:* escritura, alfabetización, soldados, escuelas del frente, Guerra Civil española.

---

<sup>1</sup> Tomamos el título prestado de la obra de DÍAZ-PLAJA, F.: *Si mi pluma valiera tu pistola. Los escritores españoles en la guerra civil*, Barcelona, Plaza & Janés, 1979. Una primera versión de este trabajo fue presentada en el panel «Ordinary Writings/Personal Narratives», dirigido por Martyn Lyons en el marco de la 10th International Conference of the International Society for the Study of European Ideas (ISSEI), *The European Mind: Narrative and Identity*, celebrada en la Universidad de Malta del 24 al 29 de julio de 2006.

*Abstract:* Today, almost 70 years after the beginning of the Spanish Civil War, these lines are born from the verses of Machado dedicated to Lister and, later, turned into the title of a famous book of Fernando Díaz Plaja. This war sank the country into an interminable period of terror and repression. However, in spite of the poverty and miseries, there was something fascinating in it: a constant battle against the illiteracy was fought inside its trenches. Writing and reading became those other arms that the soldiers had to learn to defeat the fascism. Therefore, improvised schools were created in the fronts, teachers were named to teach there (the Militias of the Culture) and library-buses, full of gratuitous books, magazines and newspapers, burst into the daily life of the combatants. This work analyses several school notebooks used by some soldiers of the 145 Brigada Mixta of the Republican Army. These materials show how the process of writing acquisition was carried out during the battle.

*Key words:* Writing, literacy, soldiers, front schools, Spanish Civil War.

## El fusil y la pluma: notas sobre la alfabetización en el frente

La victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 supuso el retorno de las izquierdas al mando de la Segunda República. Algunas de las acciones emprendidas en los meses previos al estallido de la Guerra Civil apuntaban claramente a la restauración del talante progresista que había caracterizado al primer bienio republicano (1931-1933). Entre otras medidas se concedió un renovado impulso a la cultura recuperando el compromiso contraído en la Constitución de 1931. Consecuencia de esto fue el desarrollo de las bibliotecas públicas y populares en los cinco años de experiencia republicana, la creación de 7.000 escuelas, consideradas como el «arma ideológica de la República española» por Rodolfo Llopis, director general de Primera Enseñanza entre 1931 y 1993<sup>2</sup>, y la reducción a la mitad de la población analfabeta, que pasó del 44 por 100 de 1920 al 23 por 100 de 1940<sup>3</sup>.

Desatada la guerra a raíz del pronunciamiento fascista del general Franco, el gobierno republicano procuró garantizar el funcionamien-

<sup>2</sup> LLOPIS, R.: *La revolución en la escuela. Dos años en la Dirección General de Primera Enseñanza* [1933], Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

<sup>3</sup> Cf. VILANOVA RIBAS, M., y MORENO JULIÀ, X.: *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia-CIDE, 1992.

to de las escuelas, siempre y cuando los alumnos y alumnas no corrieran peligro y las condiciones lo permitieran. Se realizaron así grandes esfuerzos para que las aulas pudieran permanecer abiertas, a pesar de las dificultades impuestas por el momento: ausencia de maestros por su incorporación a los frentes, escasez de material, peligro de bombardeos, etcétera. En el caso de las escuelas que se vieron obligadas a cerrar, fueron sustituidas por las colonias escolares, situadas fundamentalmente en Levante y Cataluña, que acogieron a los niños y niñas evacuados de las zonas de combate, ofreciéndoles además de refugio y protección, la posibilidad de continuar su formación. Junto a la atención prioritaria que se prestó desde el punto de vista cultural y educativo a la infancia y a la adolescencia, el gobierno republicano no descuidó a los adultos, desplegando también una serie de actuaciones destinadas a los mismos con el propósito de llevar la alfabetización tanto a los frentes como a la retaguardia. En esta última, las llamadas Brigadas Volantes impartieron clases a los analfabetos y organizaron numerosas actividades culturales: cine, teatro, charlas, cursos, lecturas colectivas, bibliotecas, publicaciones, audiciones musicales, etcétera<sup>4</sup>.

En lo que respecta a los frentes, que es aquí el tema que nos ocupa, desde los primeros momentos de la guerra existe el convencimiento de que los campos de batalla, los cuarteles, los lugares de descanso y reposo de las tropas o los hospitales de campaña son escenarios donde la educación y la cultura han de estar presentes. Elevar la cultura del soldado significaba fortalecer su conciencia política porque, como se advertía en uno de los textos del *Boletín Central de Cultura Popular*: «... para nadie puede ser un secreto que nuestro Ejército Popular ha de ser un conjunto de hombres conscientes del ideal por el que luchan y mueren si es necesario». Se imponía por ello una lucha contra el analfabetismo teniendo presente que éste «no consiste solamente en no saber leer y escribir, sino en carecer de conceptos claros de las cosas y el permanecer alejado de los grandes conflictos morales y de justicia social que nos agobian»<sup>5</sup>. La educación,

---

<sup>4</sup> El 20 de septiembre de 1937 se crearon las *Brigadas Volantes* para atender la alfabetización de los mayores de catorce años en la retaguardia, sobre todo en las zonas rurales. Llegaron a atender a cerca de 300.000 personas y usaron como «libro escolar» la *Cartilla del joven campesino. Ni un joven sin saber leer ni escribir*, editada por las Juventudes Socialistas Unificadas, sin año.

<sup>5</sup> «Cultura Popular y el Ejército», en *Cultura Popular, Boletín de la Central de Valencia*, 2 (1937), p. 7.

en suma, «se convierte en arma de lucha —cultura de combate, educación combativa— porque convierte al soldado, al que “milita” en retaguardia o en el frente, de algo pasivo en un ser activo, consciente y protagonista»<sup>6</sup>. El primer paso en este sentido viene de la mano del Batallón «Félix Bárzana», reclutado por la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (FETE) bajo el lema «la cultura se defiende en los campos de batalla» y compuesto por más de 3.000 maestros, estudiantes, profesores de Enseñanza Media y Superior y funcionarios del Ministerio de Instrucción Pública<sup>7</sup>. Tras observar las enormes carencias que a nivel cultural existían entre los combatientes y las muchas peticiones que llegaban solicitando maestros, en diciembre de 1936 nace el servicio Cultura del Miliciano, organizado también por la FETE, que, respondiendo a la consigna «Fusiles y libros, dos armas para lograr la victoria», será, junto a otras iniciativas desarrolladas por diversos organismos en los frentes, el germen de las Milicias de la Cultura (MC), creadas por decreto el 30 de enero de 1937 por el Ministerio de Instrucción Pública considerando la necesidad de «dar instrucción a aquellos heroicos combatientes del pueblo español a quienes un régimen de opresión privó de recibir las enseñanzas más elementales en la edad escolar»<sup>8</sup>.

Conforme al artículo uno del mencionado decreto, las MC designan al «cuerpo de Maestros e Instructores escolares encargados de dar enseñanzas de tipo elemental a los combatientes necesitados de ellas, en la medida en que lo consientan las necesidades de la guerra y en los lugares adecuados para este servicio, aprovechando los momentos de descanso de las tropas». Las MC tenían como fin enseñar a leer y a escribir a los soldados analfabetos, ofrecer instrucción general a los combatientes que ya conocieran los rudimentos básicos de la escritura y la lectura y formar a los futuros mandos del ejército. Junto a esta finalidad eminentemente instructora, el otro eje de actuación sobre el que giraban sus actividades era la formación política. Al parecer, y según dejó por escrito el militante comunista Francisco

---

<sup>6</sup> MAYORDOMO, A., y FERNÁNDEZ SORIA, J. M.: *Vencer y convencer. Educación y política. España, 1936-1945*, Valencia, Universidad de Valencia, 1993, p. 17.

<sup>7</sup> El nombre del Batallón hace honor a Félix Bárzana, primer fetista muerto en una acción de combate en el mes de julio de 1936. Cfr. DE LUIS MARTÍN, F.: *La FETE en la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 208-209.

<sup>8</sup> *Decreto de creación de las Milicias de la Cultura*, 30 de enero de 1937 (*Gaceta de la República*, 2 de febrero de 1937).

Antón, los primeros ensayos de las MC tuvieron lugar en «los días más duros de la defensa de Madrid, cuando parecía que todo iba a perderse, los comisarios llevaban a las trincheras las primeras cartillas. Y en el descanso, después de duros combates, entre el barro de las trincheras y el peligro de la muerte, los analfabetos empezaban a saber leer y escribir»<sup>9</sup>. Las MC, en cuanto formaban parte del Ministerio de Instrucción Pública, dependían de éste en lo profesional y lo económico; sin embargo, en el frente debían acatar la disciplina militar y las órdenes de los mandos de las unidades a las que eran asignadas, de ahí también que no sea de extrañar que acabaran estructurándose jerárquicamente en función del rango de sus componentes y de las actividades realizadas por los mismos (inspectores generales, inspectores del frente, milicianos de la cultura de División, de Brigada, de Batallón, etc.)<sup>10</sup>.

Los milicianos de la cultura destinados a cada batallón dependían del número de analfabetos existente en el mismo. No siempre existieron maestros suficientes en los batallones para poder atender la alta demanda de alfabetización del Ejército Popular. Así queda de manifiesto en las anotaciones que en su diario de campaña realizó Ramón Costa. Se trata de un manuscrito de 21,4 x 15,4 centímetros y de 25 páginas de extensión, escritas con una correcta sintaxis, una buena ortografía y una caligrafía clara. El diario recoge sus actividades al frente de las MC del XVIII Cuerpo de Ejército como inspector del frente del Ejército del Centro en los meses de agosto y septiembre de 1937, aunque no por ello está exento de comentarios acerca de su vida personal e íntima, como el fallecimiento de su madre. En sus páginas anota meticulosamente la labor realizada en cada una de las unidades hasta el momento (cursos, conferencias, talleres, charlas, reuniones, bibliotecas, periódicos murales, clases, etc.), una breve biografía laboral de cada uno de los milicianos de la cultura que trabajan en estos puestos valorando su cualificación profesional para la tarea que tienen encomendada, las necesidades materiales que deben cubrirse (cartillas, libretas, lápices, cajas de tiza, rollos de tela encera-da, carteles, muebles, etc.) y la conveniencia o no de los espacios des-

---

<sup>9</sup> ANTÓN, F.: *El Comisariado en el Ejército Popular*, Madrid, Comité Provincial del Partido Comunista, 1937, p. 20.

<sup>10</sup> FERNÁNDEZ SORIA, J. M.: *Educación y cultura en la Guerra Civil (1936-39)*, Valencia, Nau Llibres, 1984, p. 51.

tinados a la cultura, etcétera. Al escribir sus conclusiones acerca de la 3.<sup>a</sup> Brigada de la 34 División apunta lo siguiente:

«15 de agosto de 1937. 3.<sup>a</sup> Brigada. Camino de Quijorna.

Actualmente realizan el trabajo cultural de la misma dos evadidos de campo faccioso, maestros de Canarias: Pablo Hernández Padrón y Daniel Quintero López. Trabajan bajo el control del Comisariado, sin ser milicianos de la cultura. Los informes que da el Comisariado son excelentes. Habla con verdadera emoción del trabajo que realizan estos dos camaradas. Hasta ahora ha consistido en reunir a los soldados en distintos grupos y organizar charlas y comentarios de prensa [...]. Sin embargo, había tres maestros, cuyos nombres no podemos obtener, que también, como el Miliciano de División, desaparecieron al comenzar las operaciones sin que se haya sabido de ellos nada más. Teniendo en cuenta que esta Brigada es de carabineros no hay un crecido número de analfabetos. Pero como interesa elevar el nivel cultural de esa Unidad, hace falta nombrar cinco maestros Milicianos de la Cultura. No se dispone de ningún material»<sup>11</sup>.

Las escuelas debían instalarse en lugares de descanso, hospitales de campaña y también en las «avanzadas», pero la labor a desarrollar en unas y otras no podía ser exactamente igual<sup>12</sup>. Mientras que en las primeras era posible destinar todo el día a la acción cultural y educativa, en el frente podían transcurrir jornadas enteras en las que eso fuera imposible por lo que se recomendaba aprovechar cada momento. No se requería de un emplazamiento fijo ni estable, sino de cualquier rincón a cubierto de balas que fuera mínimamente seguro y donde el miliciano pudiera reunirse con dos, cuatro o seis soldados, los que fueran, para continuar el trabajo de la escuela. Miguel Núñez, estudiante de comercio y miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), participó en la guerra de España como auxiliar de las MC con tan sólo dieciséis años. Según la entrevista que concedió a Ronald Fraser para su libro *Recuérdalo tú y recuérdalo*

<sup>11</sup> Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca (AGCS), XVIII Cuerpo del Ejército del Centro, carpeta 86, leg. 1069, documento 97. Diario de campaña del miliciano Ramón Costa Sou. Reproducido en PÉREZ DELGADO, T.: «Diario de un miliciano de la cultura», en *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, 6 (1987), pp. 377-391.

<sup>12</sup> MAYORDOMO, A., y FERNÁNDEZ SORIA, J. M.: *Vencer y convencer...*, op. cit., pp. 113-114.

*dalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil española*, las clases «se daban cuándo y dónde era posible, normalmente por la mañana y en toscos refugios improvisados por los hombres». Cada vez que la Unidad cambiaba de posición era necesario abandonar el equipo y montar de nuevo la escuela con la ayuda de todos: «uno daba con un par de sillas, otro encontraba un poco de tiza, éste un trozo de madera que podía servir de banco, aquél un pedazo de pizarra...»<sup>13</sup>. Por su parte, Vicente Salas Viu, miembro de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, en su *Diario de guerra de un soldado*, escrito entre septiembre de 1937 y febrero de 1938, cuando contaba con veintiocho años de edad y servía como soldado de la 47 División, nos describe uno de esos rincones de la cultura ubicados en las primeras líneas de fuego, entre ametralladoras y morteros, en los que los combatientes asistían a clase o podían dedicarse a la lectura y otras actividades culturales:

«La necesidad de aprender, 21 de septiembre.

Aquí, a pocos metros de las líneas enemigas, en la misma trinchera, donde estallan los morteros y las bombas de mano del contrario, donde las balas explosivas de sus ametralladoras y de sus fusiles en un instante fugaz nos arrancan la vida; aquí mismo los soldados han socabado la tierra con sus bayonetas, la han abierto para tallar una repisa donde se alinean unos libros, un banco de arena donde sentarse para leerlos, una pared en la que está clavado el diario mural. Fotografías, consignas, artículos de los combatientes, artículos de los líderes políticos, de nuestros escritores, hablan de la lucha que sostenemos, de por qué y para qué luchamos. Cuando llega el relevo de su puesto en el parapeto, los soldados, mis camaradas, vienen aquí, al “rincón de cultura” —¡rincón de cultura en la trinchera!— y reanudan la lectura interrumpida. Hay otros que apoyan un cuaderno en las rodillas y concluyen de hacer unas cuentas, unos ejercicios que tienen pendientes. Hay que aprovechar el tiempo. Cuando el batallón pase a segunda línea, todo tiene que estar listo para terminar el cursillo de capacitación iniciado semanas antes. Los hay que escriben por primera vez, con esa gravedad y atención del que empieza a conocer su letra, a sentirse capaz de anudar todo seguido unas palabras precisas. Los soldados trabajan, se afanan por aprender. Saben muy bien que la cultura es un arma eficaz contra el fascismo»<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> FRASER, R.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra civil española* [1979], Barcelona, Planeta, 2001, p. 400.

<sup>14</sup> SALAS VIU, V.: *Diario de guerra de un soldado* [1938], Madrid, Hispamerca, 1977, p. 30.

El funcionamiento concreto de las MC se fue perfilando mediante distintos reglamentos y circulares en los primeros meses de 1937. Su efectividad en la lucha contra el analfabetismo puede sondearse al reflexionar sobre las cifras que han quedado como testigo de su labor: llegaron a crear unas 2.047 escuelas en las que ejercieron unos 2.200 maestros que impartieron clases a cerca de 200.000 soldados, llegando a alfabetizar a unos 150.000 combatientes del ejército republicano. Según el informe de Augusto Vidal, sólo en el mes de agosto de 1937 se crearon más de mil escuelas y se impartió clase a alrededor de 95.000 analfabetos, de los que algo más de 13.000 aprendieron a leer y escribir durante dicho mes<sup>15</sup>. Sin necesidad de entrar en todos los detalles de un organismo cuya historia ha trazado magistralmente Christopher H. Cobb, en lo que ahora nos concierne debe recordarse que los documentos oficiales que se conservan no sólo son muy claros al definir la misión de los milicianos, sino también en lo que atañe al desarrollo de las escuelas del frente y a los métodos y materiales de enseñanza. En la carta circular número 2 se establecía que fueran los inspectores del frente los encargados de procurar que los mandos militares hicieran «obligatoria la asistencia a las clases, especialmente de los analfabetos», al tiempo que se responsabilizaba a los milicianos de batallón de la organización de las clases, individuales o colectivas, «según le dicte su buen criterio con arreglo a la situación y circunstancias de guerra del Batallón», y se disponía que el material escolar básico constara de «pizarras grandes y tiza, cuadernos, lápices, cuartilla, “Cartilla antifascista”, folletos y periódicos»<sup>16</sup>. Con todos estos materiales, los milicianos de la cultura debían desarrollar su trabajo, que no sólo consistía en impartir clases de iniciación a la lectura y la escritura, sino también en organizar cursillos, pronunciar charlas y conferencias, convocar concursos de poesía o narrativa, montar obras de teatro, dirigir mensajes desde los altavoces radiofónicos al enemigo, ayudar a la creación de los rincones de la cultura o de los hogares del combatiente, colaborar en la creación de los periódicos del frente, controlar la biblioteca en caso de que existiera o confeccionar junto a los soldados los periódicos murales.

---

<sup>15</sup> VIDAL, A.: «La lucha por la cultura en España. Informe del Camarada Vidal del Secretariado de la ITE», en *El Magisterio Español*, 6.774 (1938), p. 39.

<sup>16</sup> *Carta circular número 2 del Inspector General de Milicias de la Cultura*. Véase también *Armas y Letras*, 1 (1937).



Más centrada en los pormenores del trabajo, la circular número 5, fechada en Valencia el 22 de junio de 1937, disponía que el miliciano fuera el encargado de elegir el espacio en el que se desarrollaría la actividad cultural<sup>17</sup>. Éste, como se ha señalado ya en estas páginas, debía ser tranquilo, acogedor y preferiblemente estar alejado de las zonas de combate, de forma que fuera «al mismo tiempo que escuela, sitio de recreo y esparcimiento», «un centro de trabajo y un lugar de reposo en donde descansar de la fatiga de las campañas», esto es, «el lugar donde el combatiente descanse, se instruya y se deleite». Tenía que estar bien acondicionado, decorado y equipado. Para ello se editaron colecciones de mapas de España y Europa, se repartieron más de 20.000 cuadernos para los ejercicios de escritura y redacción, así como 4.000 metros de tela encerada, cantidades considerables de lápices, cuadernos de apuntes y portaplumas<sup>18</sup>. La enseñanza, por su parte, debía no ser «árida ni dificultosa» basada en el siguiente método:

«El maestro escribirá una palabra en el encerado y mandará a sus alumnos que la copien. Estos lo harán y una vez realizado este primer ejercicio, volverán a copiar letra por letra bajo las indicaciones de su instructor, que repetirá una y otra vez el nombre de cada una de ellas. El trabajo puede amenizarse eligiendo las palabras que vayan a ser utilizadas como ejercicio y dedicándoles un comentario aclaratorio. Así si la palabra elegida es *hormiga*, el Miliciano puede hablar de las costumbres de estos insectos, género de vida que hacen, cómo se organizan, etc. De esta manera transcurrirán unos minutos. Después deba, con este mismo asunto, hacer una frase; v. g., las hormigas se ayudan entre sí, que los alumnos volverán a dibujar, repitiéndose el proceso anterior. Y así sucesivamente con distintas palabras y frases o sentencias, teniendo en cuenta que siempre será preferible utilizar aquellas que contengan un fondo revolucionario o moralizador que permitan formar en un sentido humano y político al mismo tiempo que cultural a los luchadores de nuestro ejército»<sup>19</sup>.

Dicho método es justamente el que se sigue en la *Cartilla Escolar Antifascista*, herramienta esencial en la labor que los milicianos de la

---

<sup>17</sup> *Circular número 5, Milicias de la Cultura, Sección de Prensa y Propaganda*, Valencia, 22 de junio de 1937. AGCS: P. S. Aragón, serie R, caja 50, correspondencia de la 145.<sup>a</sup> Brigada Mixta.

<sup>18</sup> *L'effort culturel du peuple espagnol en armes*, París, Ministerio de Instrucción Pública de la República Española, Hélio Cachan, 1937, p. 14.

<sup>19</sup> *Circular número 5...*, *op. cit.*, pp. 1-2.

cultura desarrollaron en los frentes. Fue editada por el Ministerio de Instrucción Pública para cumplir la misión de ayudar a éstos en las campañas de alfabetización, de ahí que aparezca líneas arriba, en la circular citada, como parte de ese material escolar básico para las escuelas de los frentes. En el preámbulo a la misma se evidencia, una vez más, la identificación entre la lucha contra el fascismo y la lucha por la cultura: «La lucha por la cultura del pueblo español, que la reacción mantenía en la ignorancia y el analfabetismo, va unida inseparablemente a la lucha ideológica y política contra el fascismo. El pueblo español está derrotando el fascismo con las armas en la mano. Los maestros y todos los trabajadores de la cultura deben hacer honor a este ejemplo, derrotando también al fascismo con los libros y con la pluma»<sup>20</sup>. La primera tirada de la *Cartilla Escolar Antifascista* fue de unos 150.000 ejemplares, que resultaron manifiestamente insuficientes para responder a la rápida expansión de la enseñanza en los frentes<sup>21</sup>. En ella «cada ejercicio comienza con una frase, que luego se analiza y descompone en sus sílabas y letras», para después emplearse en la formación de nuevas palabras y frases. Los distintos ejemplos utilizados oscilan entre los que contienen una propaganda directa de la República, sus instituciones y medidas políticas, hasta los encaminados a mantener alta la moral del ejército incidiendo en la lucha heroica contra el fascismo: «República democrática», «El Presidente de la República», «Obediencia al gobierno legítimo», «Mando Único», «Venceremos al Fascismo», «¡Viva Madrid Heroico!», «La tierra para el que la trabaja», etcétera. Como complemento de dicha cartilla el Ministerio de Instrucción Pública editó la *Cartilla Aritmética Antifascista*, diseñada igualmente por Mauricio Amster, que ilustraba las operaciones de cálculo con ejemplos de contenido militar: «SUMANDO cartucho a cartucho formamos una caja de cartuchos; SUMEMOS nuestros esfuerzos contra el fascismo y seremos invencibles»<sup>22</sup>.

A pesar de que han pasado a la historia como principales instrumentos de la alfabetización política de los soldados, pues sobre ellas giró la enseñanza de las primeras letras y del cálculo, éstas no fueron,

---

<sup>20</sup> *Cartilla Escolar Antifascista*, Valencia, Ministerio de Instrucción Pública, 1937. Se sigue la edición de la editorial Viamonte (Madrid, 1997).

<sup>21</sup> COBB, C. H.: *Los Milicianos de la Cultura*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1995, pp. 56-57 y 82.

<sup>22</sup> FERNÁNDEZ SORIA, J. M.: *Educación y cultura...*, op. cit., p. 56.

sin embargo, las únicas cartillas escolares empleadas por los milicianos de la cultura y los maestros del frente. Junto a ellas se editaron otras que seguían el mismo u otros métodos similares, como *Ni un solo analfabeto en el Ejército Popular*, concebida con la intención de ayudar a «todos los camaradas que, sin tener conocimientos profesionales, se encuentren, sin embargo, con deseos y voluntad suficiente para enseñar a los analfabetos que estén a su alrededor»<sup>23</sup>; la *Cartilla del Combatiente*, del Socorro Rojo Internacional (SRI), que seguía un método más tradicional basado en el aprendizaje sucesivo de letras, sílabas, palabras y oraciones, y cuyo contenido presentaba una carga menos ideológica puesto que únicamente incidía en la labor humanitaria desarrollada por dicha organización<sup>24</sup>; o la titulada *Clases de analfabetos. Algunas orientaciones metodológicas*, publicada en septiembre de 1938 como número especial del boletín *¡De frente!*, editado por la 39 División «¡En Marcha!». En ésta, su autor, el capitán Vicente Calpe Clemente, desarrolló una metodología de aprendizaje activo consistente en la realización de tres actividades con cada palabra: en la primera, llamada *procedimiento*, el maestro la escribía en el encerado, los alumnos la copiaban varias veces en sus cuadernos, después se descomponía en sílabas, éstas se recortaban, se volvían a componer y por último se escribían otras palabras usando dichas sílabas; la segunda actividad consistía en la realización de un *dibujo* relacionado con la unidad de estudio, y, por último, todas las lecciones debían tener su *charla*: «Así por ejemplo en la palabra *mano* puede ir muy bien como charla el reportaje del dinamitero que perdió la mano en una combate, o cualquier otro caso en relación con nuestra guerra»<sup>25</sup>.

No fueron las cartillas escolares los únicos libros y folletos que llegaron a manos de los soldados republicanos a los frentes. Junto a las actividades anteriormente descritas, atender las necesidades de lectura de los combatientes y contribuir a su alfabetización poniendo a su disposición obras diversas de consulta, cultura general y entretenimiento, fue otro de los objetivos que trató de cumplir el gobierno

<sup>23</sup> COBB, C. H.: *Los Milicianos...*, op. cit., p. 84.

<sup>24</sup> *Cartilla del combatiente*, Madrid, Imprenta del Socorro Rojo Internacional, sin año.

<sup>25</sup> CALPE CLEMENTE, V.: *Clases de analfabetos. Algunas orientaciones metodológicas*, número especial de *¡De Frente! Complemento técnico del órgano de la 39 División «¡En marcha!»*, 1938.

republicano. Cultura Popular, organización frentepopulista que nació con las elecciones de febrero de 1936 pero cuya labor de difusión de la cultura tuvo lugar verdaderamente en tiempos de guerra, contó con una Sección de Bibliotecas gracias a la cual los soldados y heridos pudieron tener gratuitamente libros, periódicos y revistas entre sus manos para ocupar sus ratos de ocio o aumentar sus conocimientos. En Cataluña, esta función fue realizada por el Servei de Biblioteques del Front, dependiente del Comisariado de Propaganda de la Generalitat, creado el 5 de octubre de 1936, y cuyo famoso bibliobús, puesto en marcha en el mes de mayo de 1938, consiguió hacer llegar los libros hasta las primeras líneas de fuego. El bibliobús, según el estudio realizado por Nuria Ventura, llevaba 2.191 volúmenes, 750 folletos de propaganda y diversas revistas<sup>26</sup>.

Cultura Popular creó sus depósitos de libros en Madrid y Valencia, desde donde se hacían lotes circulantes de unos 120 volúmenes con destino a frentes, hospitales y hogares del combatiente. Los lotes se formaban gracias a las subvenciones recibidas del Ministerio de Instrucción Pública, a los fondos recogidos en casas abandonadas de las zonas de guerra y a las donaciones recibidas de editoriales, librerías y particulares. Posteriormente los combatientes-lectores contribuyeron a la difusión del libro en los frentes mediante el pago de una cuota y se celebraron fiestas del libro en las que se abrieron suscripciones que admitían tanto aportaciones en metálico como libros con destino a unidades militares<sup>27</sup>. La colaboración de la prensa fue también fundamental en este sentido, ya que a través de anuncios muy variados se solicitó la ayuda de todos en la lucha contra el analfabetismo mediante el envío de libros y periódicos usados a los frentes: «Ciudadano: si lees prensa gráfica, deposítala tras su lectura en los buzones de Cultura Popular. Para ti apenas es un sacrificio; para nosotros significa poder llevar a los combatientes y heridos recreo en sus horas de reposo»<sup>28</sup>.

El contenido de los lotes variaba en función del lugar en el que la biblioteca se instalaba y del público que iba a ser su beneficiario.

---

<sup>26</sup> VENTURA, N.: «En Cataluña: las bibliotecas como instrumento de libertad», en *Biblioteca en guerra. Catálogo de la exposición*, Madrid, Biblioteca Nacional, 2005, p. 358.

<sup>27</sup> ANDRÉS, T., et al.: *Labor cultural de la República Española durante la guerra*, Valencia, Vives Mora, 1937, sin paginar.

<sup>28</sup> FERNÁNDEZ SORIA, J. M.: *Educación y cultura...*, op. cit., p. 59.

Una biblioteca bien organizada, según expresó Teresa Andrés, responsable de esta Sección, «debe estar compuesta por algunos libros de tipo social y político (los de mayor actualidad son los más indicados), de otras clases, de literatura moderna y contemporánea; de algunos libros de aventuras o policíacos y folletos militares, de divulgación científica y de unos cuantos temas sencillos de higiene, manuales de oficios, de agricultura, de mecánica, electricidad, etc., según el tipo de lector predominante»<sup>29</sup>. En ocasiones, los libros se enviaban según la demanda, respondiendo a peticiones concretas. El 28 de abril de 1938, por ejemplo, el Comisariado de la 35 División del V Cuerpo del Ejército pedía libros cuyo contenido fuera: «pasatiempos (novelas), contenido social (ensayos y exposiciones), de carácter científico (divulgaciones), de divulgación cultural (para afianzar la labor de las MC) y de carácter militar (topografía y táctica)»<sup>30</sup>. Otras veces, los lotes que se enviaban eran iguales para todos, y a los libros acompañaban otros materiales considerados de primera necesidad en los frentes, como queda de manifiesto en el artículo que el inspector del frente Palerm Vich escribió para la revista *Armas y Letras*, portavoz de las MC, en agosto de 1937: «Para las trincheras, en Barcelona, están construyendo unas maletas en las que pueden ir una veintena de libros, tintero, plumas, lápices, papel y sobres y tarjetas de campaña»<sup>31</sup>.

Las bibliotecas solían emplazarse en escuelas instaladas en refugios subterráneos, en los frentes estables o en casas próximas a las trincheras y eran confiadas a los milicianos de la cultura, que se servían de ellas en sus labores docentes y tareas didácticas. J. Delso de Miguel describe en *Ruta* el uso que los combatientes daban a las bibliotecas del frente:

«Dos mesas largas, paralelas como para 20 compañeros cada una. Un armario, hecho con cajones que ocupa toda la fachada posterior de la cueva y en él, volúmenes y más volúmenes, libros y más libros, folletos, revistas, periódicos. El techo angular, como un prolongamiento de las paredes, está materialmente cubierto de carteles, que simétricamente, a derecha e izquier-

<sup>29</sup> *Biblioteca en guerra. Catálogo de la exposición...*, op. cit., p. 320.

<sup>30</sup> CUGUERO, M. C.; BOADA, M. T., y ALLU, V.: *El Servei de Biblioteques del Front 1936-1939*, Barcelona, Diputación de Barcelona, 1985, p. 76.

<sup>31</sup> VICH, P. (Inspector de Frente): «La cultura en los frentes», *Armas y Letras*, 1 (1937).

da, semejan un desfile de pensamientos, que hacen bullir con emoción, la sangre en nuestras venas. Sentados en la mesa de la izquierda, silenciosos, los compañeros leen la prensa, o el libro, ayer no terminado [...]. En la esquina del fondo de esta otra mesa, los compañeros escriben a la madre, a la novia, a nuestra prensa, plasmando en cuartillas sus impresiones, sus más hondos sentimientos. Y finalmente, aprovechando lo que de mesa queda, tres compañeros con voluntad y tesón, deletrean y repiten sin cesar el catón ante diez o doce camaradas, hasta que éstos aprenden de memoria la forma y significado, de lo que se les enseña»<sup>32</sup>.

Para hacernos una idea de la ingente labor desarrollada por el Servicio de Bibliotecas de Cultura Popular, baste con señalar que sólo durante su primer año de funcionamiento, hasta marzo de 1937, las bibliotecas entregadas en frentes, cuarteles, hospitales y hogares del soldado sumaron un total de 789. La llegada de libros, revistas y periódicos a los frentes fue esencial para apoyar las campañas de alfabetización emprendidas por el ejército republicano, pues logró incitar a la lectura y despertó en los combatientes el interés por los libros. Éstos llenaron el tiempo libre de los soldados, les hicieron compañía en la soledad de las trincheras, consiguieron mantener alta su moral y distraerlos en las horas de tensa calma. Por no hablar de la función terapéutica que la lectura desempeñó entre los heridos, cuyos efectos ya habían sido probados por experiencias americanas en la Primera Guerra Mundial y demostrados en muchos estudios de «biblioterapia» realizados en hospitales por biblioteconomistas británicos<sup>33</sup>.

## Los cuadernos de la 145.<sup>a</sup> Brigada Mixta

El proceso de aprendizaje se materializó en una variada gama de ejercicios y actividades escolares conforme a los distintos grados de instrucción, determinados por los conocimientos que tenía cada uno de los soldados que acudía a las clases impartidas por los milicianos de cultura de su batallón o unidad. A las tareas específicas de la competencia lecto-escritora se fueron sumando otras concebidas para poner en práctica las destrezas adquiridas y para fomentar la forma-

<sup>32</sup> DELSO DE MIGUEL, J.: «Labor cultural de las Juventudes Libertarias de los frentes», *Ruta*, 30 (1937), sin paginar.

<sup>33</sup> VENTURA, N.: «En Cataluña: las bibliotecas...», *op. cit.*, pp. 354-355.

ción cultural y política de los soldados. En el informe ya citado del inspector Palerm Vich se alude precisamente al «equipo de cinema y teatro de fantoches» enviados a distintos pueblos, a la organización de festivales culturales-deportivos en todos los batallones, a la convocatoria de certámenes literarios entre los soldados, a las bibliotecas y salas de prensa instaladas en los hogares del combatiente, al envío de imprentas Freinet a las mismas trincheras «a fin de editar unas pequeñas revistas de campaña» o a la confección de los periódicos murales en cada batallón<sup>34</sup>. Actividades todas ellas, como ya se ha dicho en estas páginas, dirigidas y organizadas por las MC en la consecución de su objetivo primordial: hacer que la cultura fuera un arma más en la lucha contra el fascismo y convencer a los soldados de que el libro, como el fusil que empuñaban en las trincheras, les serviría para seguir luchando en el futuro, una vez terminado el conflicto, por la conquista de sus derechos y por un mundo más justo: «El miliciano no deberá abandonar nunca su fusil, pero tampoco el libro, que será el fusil de mañana»<sup>35</sup>.

Como en las escuelas corrientes, la principal herramienta del aprendizaje y perfeccionamiento de las primeras letras fue el cuaderno escolar. Miles de ellos fueron repartidos gratuitamente en los frentes para los combatientes que desearan participar en las campañas de alfabetización, constituyéndose hoy en el claro reflejo de cómo los soldados se esforzaron por aprender y pudieron hacer realidad su deseo de salir de la ignorancia y ser conscientes de su papel en la guerra. La generalización del cuaderno en el aula tuvo lugar en el primer tercio del siglo XIX, ligado al abaratamiento del precio del papel derivado de la producción industrial, y a partir de ese momento se constituyó en elemento esencial de la evolución de la alfabetización escolar. En España, fue en las últimas décadas del siglo XIX cuando empezó a implantarse en las escuelas. Se emplearon dos modelos diferenciados, el llamado «cuaderno de uso único», destinado a las diversas tareas de cada alumno y ligado a la reforma propiciada por la Escuela Nueva, y los «cuadernos específicos» o cuadernos de deberes, para cada una de las materias, principalmente Escritura, Lectura y Cálculo. Un tercer tipo, propio de los años veinte y treinta del siglo XX, lo representó el «cuaderno de rotación» o «cuaderno de acti-

---

<sup>34</sup> VICH, P.: «La cultura en los frentes», *op. cit.*

<sup>35</sup> *Circular número 5...*, *op. cit.*, p. 2.

vidades cotidianas», inspirado en el *cabier de roulement* de la escuela francesa, cuya elaboración se realizaba colectivamente por todos los alumnos de una clase y constituía una verdadera crónica de la vida en el aula.

Para valorar la implantación de los cuadernos en las escuelas de los frentes republicanos no sólo contamos con las alusiones contenidas en las diferentes circulares de la Inspección General de las MC, en los listados de envíos de material escolar destinado a los soldados o en los boletines y periódicos militares, sino también con algunos ejemplares originales felizmente conservados entre los fondos del Archivo General de la Guerra Civil Española de Salamanca, pertenecientes a varios soldados de la 145.<sup>a</sup> Brigada Mixta del Ejército Popular: Ramón Barranco Valencia, Juan Salvador y Pablo Garí Camps, y José Cortés Sala<sup>36</sup>. Junto a estos cuadernos se conserva una libreta en tamaño octavo, con las tapas en hule negro, propiedad de Ezequiel Jané, en la que sólo aparece escrita la primera página. Contiene un pedido de material, lo que hace sospechar que o bien se trata de uno de los maestros que servía en la 145.<sup>a</sup> Brigada Mixta y a cuyas clases debieron, por tanto, asistir algunos de los alumnos anteriormente citados; o de algún soldado encargado de realizar esa labor. Independientemente de esto, de lo que no cabe duda es de que se trata de materiales para la escuela del frente de la citada Brigada:

«Material escolar que falta (subrayado)

Hule para 4 pizarras

cartapacios (tachado)

lápiz negros y de color

plumas

libretas

cartillas antifascistas

material (tachado debajo cartulina) para el periódico mural

libros de texto para preparar lecciones

gomas

cuadernos de caligrafía»<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> Los cuadernos se conservan en AGCS: P. S. Aragón, serie R, caja 50, correspondencia de la 145.<sup>a</sup> Brigada Mixta. Las citas transcritas de los mismos respetan su forma original, sin añadir correcciones ni modificaciones de ningún tipo.

<sup>37</sup> *Ibid.*



Es poco lo que sabemos de los tres autores de los cuadernos en cuestión, y aun esto es gracias a la información contenida en los mismos. De José Cortés Sala no conocemos, de hecho, ningún dato, pues no deja constancia de ninguna referencia personal en los escasos ejercicios que realiza. De Juan Salvador y Pablo Garí tan sólo sabemos que compartieron un mismo cuaderno, según testimonia la siguiente nota de la página 4: «Terminado por Pedro Garí y empezado por Juan Salvador». El análisis de la escritura corrobora dicho apunte, dada la diferencia que existe entre los ejercicios efectuados hasta ese momento y los que siguen, realizados con una caligrafía considerablemente distinta en cada caso. Mientras que las cuatro primeras páginas del cuaderno dejan ver una letra cursiva de ejecución caligráfica limpia y ordenada, en las páginas siguientes se sucede un trazo menos esmerado y una composición menos pulcra. Es de Ramón Barranco Valencia de quien más información tenemos, pues su cuaderno es el más rico en contenido y extensión. Merced a uno de los ejercicios realizados, en concreto la elaboración de una carta de solicitud, sabemos que Ramón Barranco contaba entonces con veintiséis años, era natural de La Carolina (Jaén), vivía en Barcelona, pertenecía al reemplazo de 1933 y se incorporó al Ejército Popular el día 3 de julio de 1937 en la Compañía de Ametralladoras del 3.<sup>er</sup> Batallón, 145.<sup>a</sup> Brigada, 44 División, sirviendo en las MC desde el día 22 de septiembre de 1937 al 26 de enero de 1938.

Los cuadernos presentan un rayado simple y son de tamaño cuarto, adscritos a la tipología de los cuadernos *ad hoc*, es decir, preparados para ese uso por imprentas y librerías especializadas en la fabricación de objetos escolares. Dos de ellos (el empleado por Ramón Barranco y el que utilizaron conjuntamente Juan Salvador y Pablo Garí) fueron producidos por una misma empresa o taller tipográfico cuyo nombre no se señala, pues sus características materiales son idénticas. La cubierta presenta sendos rótulos tipográficos seguidos de los correspondientes espacios en blanco para que el soldado complete los datos requeridos: «Cuaderno para uso de [materia de estudio]», «perteneciente al alumno [nombre]». La contracubierta incluye, en disposición apaisada, las tablas de sumar, restar, multiplicar y dividir. El tercero, cuyo contenido corresponde a la mano de José Cortés Sala, fue fabricado por la empresa Minerva Pont's, prescinde de la mención cuaderno en la cubierta y encabeza ésta directamente con el rótulo «Escolar», seguido de varias líneas precedidas por las

voces «Escuela», la primera, y «Grado», las demás. La contracubierta contiene, también en disposición apaisada, las tablas de sumar y multiplicar. Todos estos elementos que acabamos de describir nos hacen suponer que los cuadernos no fueron producidos expresamente para que los soldados los emplearan en sus clases, sino que más bien se trataría de excedentes de cuadernos para uso de las escuelas de enseñanza primaria que fueron enviados a los frentes como donaciones desde diferentes imprentas, centros educativos u organizaciones diversas.

Abundando en el análisis de los aspectos materiales, éstos ofrecen alguna información en lo que concierne a la apropiación experimentada por cada soldado de su respectivo cuaderno. En el perteneciente al soldado Ramón Barranco, el alumno anota su nombre tanto en el lugar destinado a ese fin como en el espacio reservado a la indicación del uso escolar. Por el contrario, Juan Salvador sí ha entendido que su nombre debe seguir al rótulo tipográfico «perteneciente al alumno», en tanto que en el otro espacio ha anotado «ejercicios escolares». El tercer cuaderno es mucho más escueto y en la cubierta únicamente se consigna el nombre del soldado, escrito en el lugar destinado a la mención de la escuela. El cuaderno, en cuanto dispositivo de aculturación a lo escrito, es ante todo un soporte regulador de la escritura<sup>38</sup>. Conlleva un trabajo de impaginación, de composición, que puede ya observarse en las mismas cubiertas, pero que se manifiesta en todas sus dimensiones en las páginas interiores. El alumno soldado, como cualquier otro alumno, debe aprender antes que nada a distribuir los distintos espacios de la página según unos cánones establecidos: distinción de párrafos, márgenes y blancos; presencia de títulos o subtítulos, fechas y otros elementos que, por lo general, marcan la jornada escolar e indican el tipo de ejercicio que se realiza (si es un dictado, si es una redacción, etc.), y jerarquizan de ese modo la distribución de la escritura. Cada una de estas actividades o ejercicios tiene, además, su propia exigencia gráfica: la disposición de la escritura varía considerablemente si se trata de un problema o de una carta, por ejemplo, como se puede observar en cualquiera de los cuadernos, pues en cada caso rigen normas diferentes.

<sup>38</sup> HÉBRARD, J.: «Lo spazio grafico del quaderno scolastico in Francia tra Otto e Novecento», en ANTONELLI, Q., y BECCHI, E. (dirs.): *Scritture bambine. Testi infantili tra passato e presente*, Roma-Bari, Laterza, 1995, pp. 162-168.

En lo que atañe a las dimensiones, aunque algunos artículos aludían a una extensión ideal de 20 hojas —40 páginas—, los estudios que María del Mar del Pozo Andrés y Sara Ramos Zamora están llevando a cabo sobre un corpus de unos 300 cuadernos escolares anteriores a 1939 les han permitido constatar la extrema variedad en el número de páginas, oscilando éstas entre 2 y 112<sup>39</sup>. Similar desigualdad puede apreciarse en el número de hojas realmente utilizadas, según corroboran los cuadernos objeto de estudio de este trabajo: mientras que Ramón Barranco hace uso de cuarenta y cuatro páginas, Juan Salvador y Pablo Garí no escriben nada más que en ocho del cuaderno que compartieron y José Cortés tan sólo en cuatro del suyo. Muchas de las hojas de los cuadernos fueron arrancadas. No es de extrañar, pues la escasez de papel existente en los frentes se manifestó en la petición constante del mismo por parte de los soldados en su correspondencia particular y ha quedado evidenciada igualmente en los partes oficiales destinados al aprovisionamiento de las escuelas del frente emitidos por los distintos milicianos de la cultura encargados de supervisar los materiales necesarios para el desarrollo de las clases y actividades que estaban a su cargo. Ante la falta de papel los combatientes recurrieron a otros soportes para escribir, como telas, cortezas de árboles o papel de fumar, e inventaron estrategias para que el papel de que disponían cundiera más: reutilizando páginas ya escritas, escribiendo con letra más apretada o arrancando páginas de libros, libretas y cuadernos destinados a otros menesteres, como éstos.

Aunque los cuadernos ofrecen un número de actividades sensiblemente desigual, el contenido permite esbozar una cierta aproximación a la intrahistoria de las escuelas del frente. Todos ellos incluyen problemas de cálculo, dictados y algunos ejercicios de redacción, cuyos temas tratan desde breves apuntes de geografía o lecciones de historia hasta consejos higiénicos o principios de la geometría; mientras que el cuaderno para uso de Ramón Barranco aporta otros datos relacionados con una más amplia familiaridad del soldado con la cultura escrita.

---

<sup>39</sup> DEL POZO ANDRÉS, M. M., y RAMOS ZAMORA, S.: «Ir a la escuela en la guerra: el reflejo de la cotidianeidad en los cuadernos escolares», en SIERRA BLAS, V. (coord.): *Alfabetización y cultura escrita durante la Guerra Civil española*, monográfico de *Cultura escrita & Sociedad*, 4 (2007), pp. 129-170. En este artículo aparece toda la bibliografía de estas autoras referida a los cuadernos escolares en la España del siglo XX.

Varios de los problemas y actividades anotados en los cuadernos de Ramón Barranco y de Juan Salvador-Pablo Garí se repiten, lo que hace suponer que, además de pertenecer al mismo batallón, seguramente frecuentaron las mismas clases en las últimas semanas del mes de enero de 1938. Ramón Barranco anota en la cubierta de su cuaderno la fecha «21.1.1938», sin duda referida al momento en que lo inicia. En las páginas sucesivas proporciona otras al datar algunos ejercicios siendo la más tardía el 27 de febrero de ese mismo año, cuando fecha el último de ellos, concretamente el borrador de una solicitud al «Sr. Director de las Escuelas Populares de la guerra» pidiendo «figurar en la lista de aspirantes» al concurso para cubrir 1.500 plazas de alumnos en dichas escuelas. Por su parte, Juan Salvador anotó la fecha de cada uno de los ejercicios realizados en las cuatro primeras páginas del cuaderno compartido con Pedro Garí, siendo las mismas 21 a 28 de enero de 1938. Más problemático en este sentido es el cuaderno de José Cortés Sala puesto que, aparte de su distinta factura material, no contiene ninguna fecha ni tampoco incluye ningún dato que permita su datación. Sin embargo, su conservación junto a los otros dos apunta a una similar cronología a la vez que sugiere la posibilidad de que en el referido batallón trabajaran varios maestros, dado el distinto tenor de las actividades de copia, redacción y cálculo efectuadas por dicho soldado con respecto a los demás. Téngase en cuenta que, como ya se ha apuntado, la asignación del número de milicianos de la cultura para cada batallón, en principio y siempre que fuera posible, se realizaba en función del número de analfabetos que existiera en el mismo.

En el cuaderno de Juan Salvador faltan varias de las actividades del día 22 de enero de 1938, como la relativa al «empleo de la h», diversos problemas de cálculo o el dictado «Una guerra de 10.000 años», que, por el contrario, sí están en el de Ramón Barranco. La explicación a dichas diferencias puede estar en las dificultades que tuvieron que afrontar los maestros y escuelas del frente (irregularidad en las clases debido a las distintas operaciones militares, cambios de posición, etc.) o bien en el distinto grado de los soldados-alumnos, algo que puede inferirse, en los dos casos que estamos comentando, por la ejecución prácticamente caligráfica de la escritura de Juan Salvador y la más torpe de Ramón Barranco. Así, por ejemplo, en la actividad dedicada al uso de la «b» es llamativo que Ramón copie las «reglas para el empleo» de dicha letra e igualmente el dictado referi-

do a su corrección en determinadas palabras, mientras que Juan sólo da cuenta de esta segunda.

Descendiendo al interior de los cuadernos, el análisis de contenido permite alcanzar algunas conclusiones importantes sobre el desempeño de las escuelas del frente, desde los contenidos didácticos y formativos puestos en práctica por los milicianos de la cultura en sus clases y la presencia constante de la guerra en los mismos, hasta los materiales empleados, los distintos modos de adquisición de la escritura y grados de familiaridad con su práctica, o las formas de intervención del maestro en el proceso de aprendizaje, como puede observarse en varias de las páginas de los cuadernos que contienen correcciones, en su mayoría relacionadas con la ortografía. Anne Marie Chartier ha afirmado que los cuadernos escolares son lugares privilegiados desde los que contemplar la confrontación entre la teoría, la enseñanza deseada, y el aprendizaje práctico, lo que realmente se llevó a cabo<sup>40</sup>. Esto se refleja a la perfección en los cuadernos de los soldados republicanos, verdaderos testimonios de las prácticas de aprendizaje que se desarrollaron en las trincheras durante la contienda. Si bien la consigna fundamental a seguir por los maestros en los frentes era convertir la guerra, en cuanto lucha contra el fascismo, en el centro de sus enseñanzas, con el fin de que el soldado comprendiera por qué arriesgaba su vida en los campos de batalla y se formara políticamente, si algo se percibe en los cuadernos analizados es que la guerra se hace visible en ellos no tanto en los aspectos más ideológicos de la misma cuanto en la cotidianeidad de la vida en el frente. La ideología, de hecho, es prácticamente inexistente, si salvamos uno de los dictados finales del cuaderno de Ramón Barranto dedicado a la política antifascista de apenas diez líneas. Así, por ejemplo, la mayoría de los ejercicios y problemas de cálculo se relacionan con el abastecimiento de los batallones, los días de permiso, las pagas de los soldados, las donaciones que realizan a organizaciones asistenciales o las raciones de comida:

«[1] Los 680 hombres de una Batallón beben 0'5 litros de vino diarios cada uno, ¿cuántos litros de vino bebe el Batallón en una semana?»<sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> CHARTIER, A. M.: «Travaux des élèves et cahiers scolaires: l'histoire de l'éducation du coté des pratiques», en *Etnohistoria de la Escuela. XII Coloquio Nacional de Historia de la Educación*, Burgos, Universidad de Burgos; SEDHE, 2003, pp. 23-40.

<sup>41</sup> *Cuaderno de Ramón Barranto Valencia*, p. 1, y *Cuaderno de Juan Salvador [y Pablo Garí Camps]*, p. 1.

[2] Hay que repartir 150 naranjas entre 4 soldados de manera que a cada uno le toque el doble del anterior. ¿Cuántas tocan a cada uno? <sup>42</sup>.

[3] En una suscripción a favor del S. R. Y. [Socorro Rojo Internacional] cada soldado de los 700 que forman el Batallón a contribuido con 3'50 ptas.; los comisarios han dado 150'75 ptas. y los oficiales 148 ptas. ¿Cuanto dinero se há reunido? <sup>43</sup>.

Aparte de problemas de cálculo como estos, aplicables a las necesidades de la vida diaria, dos cuadernos contienen distintas actividades encaminadas a aprender las reglas de ortografía, como podemos deducir de los ejercicios dedicados al uso de la b, de la h, de la j o de la v:

«Reglas para el empleo de la v

Se escriben con v las palabras que empiezan con la silba ad, como advertencia, adverbio:

Los adjetivos terminados en los sonidos ava, avo, eva, evo, eve, iva, ivo, como, octava, grave, esclavo, nueva, leve, activo, etc. etc.

Se escriben con v los tiempos que lleban este sonido en los berbos estar, tener, y andar. como estuvo, anduve, tuvimos,

Tambien la lleban las palabras compuestas que comienzan con la palabra vice, como vicepresidente vicesconsul.

Ademas se escriben con v. las palabras terminadas en viro, vira, ivoro, ivora, como triunviro. Elvira, herbívoro, carnívora» <sup>44</sup>.

Pero no sólo se trataba de aprender ortografía y cálculo. Como escribió el coronel Morrriones, del I Cuerpo de Ejército, en un artículo publicado en *Armas y Letras* con motivo de la inauguración del Hogar del Combatiente de Madrid en julio de 1937, los milicianos de la cultura debían, principalmente en sus clases, lograr que los soldados alcanzasen una capacitación rápida y adaptada a las circunstancias bélicas:

«Os doy mi más entusiasta enhorabuena por los trabajos realizados en bien de la causa, pero os pido que dejéis en los momentos actuales de tener grandes preocupaciones por los detalles técnicos; de qué se debe aprender antes o después, y de si son necesarios ciertos conocimientos para poder

<sup>42</sup> Cuaderno de Juan Salvador [y Pablo Garí Camps], p. 8.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 1.

<sup>44</sup> Cuaderno de Ramón Barranco Valencia, p. 6.

adquirir otros nuevos. Tened en cuenta, Milicianos de la Cultura, que estamos en guerra, y, en la guerra necesitamos soldados y mandos para nuestro Ejército y que éstos se capaciten de una manera rápida, con un ritmo acelerado y es necesario que enseñéis a los soldados y clases de nuestro Ejército lo que necesiten saber de una manera indispensable para ganar la guerra»<sup>45</sup>.

Se consideraba, por tanto, urgente formar soldados, preparados táctica y técnicamente para la vida militar en campaña. De entre todos los ejercicios de escritura relacionados con la formación militar de los combatientes, tan sólo observamos en los cuadernos diversos dictados dedicados a los gases de guerra o los «agresivos químicos», cuyo objetivo claramente se dirigía a advertir a los soldados cómo debían actuar en el caso de que fueran rociados con dichos gases y cuáles podían ser las consecuencias si no seguían los consejos dados:

«Dictado

Agresivos vesicantes

La acción fisiológica de estos agresivos es la de producir sobre la piel una intensa acción vesicante, efecto que se inicia por la aparición de manchas rojas sobre la superficie que al poco tiempo se transforman en ampollas de forma y extensión variable y que más tarde se resuelven en úlceras de muy difícil curación. Estas úlceras a la vez que producen intensos dolores, son muy propensas a la infección. Los vesicantes poseen además otras muchas acciones fisiológicas dignas de tenerse en cuenta: irritan los ojos produciendo una fuerte picazón seguida de intensoinchamiento de los párpados y enrojecimiento de la conjuntiva, fenómenos estos que impiden la visión y obligan permanecer con los ojos cerrados. Una vez que el agresivo llega al pulmón, las lesiones rebientan tal gravedad que casi siempre terminan en (e, tachado) bronconemias o agudas edema pulmonar seguidas ambas de la muerte»<sup>46</sup>.

Ahondando en las actividades consignadas en el cuaderno de Ramón Barranco, como antes decíamos el más completo y variado de los tres, las mismas permiten profundizar en los rasgos que definían la alfabetización de los soldados en los frentes republicanos. Distintos documentos recuerdan que la adquisición de las competencias básicas de lectura y escritura era sólo el comienzo de una más amplia aculturación en lo escrito, bien atestiguada en dicho cuaderno. Junto a los

<sup>45</sup> *Amas y Letras*, 1 (1937), p. 4.

<sup>46</sup> *Cuaderno de Ramón Barranco Valencia*, p. 16.

habituales dictados, problemas de cálculo, copias y redacciones varias, el alumno-soldado Ramón Barranco, y como él muchos de cuantos frecuentaron las escuelas del frente, también aprendió un uso más extenso de la cultura escrita, sobre todo de aquella más vinculada a la resolución de situaciones concretas y cotidianas. Por ello las páginas de su cuaderno son un reflejo fehaciente de buena parte de los usos ordinarios de la escritura en el contexto de la guerra. Concretamente aparecen varios testimonios de partes militares, varias certificaciones de servicio, un modelo de recibí de materiales diversos y un par de solicitudes, una dirigida al director de las Escuelas Populares de Guerra y la otra al ministro de Defensa:

«Al Excmo. Sr. de D. Ministro de la República  
Solicitud

Ramón Barranco Valencia,  
natural Carolina (Jaen) y domiciliado actualmente en Barcelona Calle Barracas Bogatell 56, de 26 años de edad, de estado casado, incorporado en la Compañía de Ametralladoras del 3.er Batallon, 145 Brigada, 44 Divisio, con el debido respeto expone:

Que habiendo aparecido en el Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional, N.º 248, una circular en virtud de la cual se convoca a un concurso para la provisión de 800 plazas de Oficiales en campaña del Cuerpo de Infantería y concurriendo en mi las circunstancias y requisitos prebistas en la mencionada circular, solicito de vuestra Exc. tenga de inscribirme en la lista de los aspirantes a tomar parte en dicho curso.

Por todo lo cual le anticipo las mas expresivas gracias.

Salud y Republica.

Sector, Mediana, 10-2-1938

Ramón Barranco»<sup>47</sup>.

Faltan, sin embargo, otros modelos de escritos más personales cuya presencia en los frentes está perfectamente documentada, por lo que su ausencia aquí cabe imputarla únicamente a las limitaciones de la muestra. Sin duda, el más significativo de éstos eran las cartas personales, tan necesarias e imprescindibles en el curso de la guerra para mantener alta la moral del soldado y cuya práctica era alentada por los manuales epistolares difundidos para adiestrarles en su escritura, presentes en los catálogos de las bibliotecas del frente y en las peticiones

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 19.



recibidas por los encargados de enviar los libros a las trincheras<sup>48</sup>. De hecho, en las notas de orientación destinadas a los milicianos de la cultura del III Cuerpo de Ejército, fechadas el 30 de septiembre de 1937, se señalaba que el objetivo principal era que los soldados aprendieran a leer y escribir una carta en tres meses, para lo que se proporcionaban determinadas recomendaciones sobre el tipo de letra y fundamentalmente algunas muestras de las expresiones epistolares más características<sup>49</sup>. Aprender a escribir cartas fue, de hecho, la principal motivación que llevó a muchos soldados analfabetos a apuntarse a las clases de las MC, y éstas, conscientes de ello, tuvieron presente la conveniencia de adecuar el contenido de sus enseñanzas a esa necesidad primaria que para el combatiente suponía poder comunicarse con los suyos y poder leer lo que éstos le enviaban; por no hablar de la posibilidad que saber escribir brindaba a todos aquellos que quisieran solicitar una madrina de guerra que les diera consuelo y les mantuviera entretenidos en sus ratos libres con sus cartas y regalos<sup>50</sup>.

Así, el 18 de julio de 1937, Míngot, un miliciano de la cultura perteneciente a una de las divisiones de la 1.ª Brigada Mixta, en un artículo publicado en *Pasaremos*, órgano de la citada Brigada, comentaba lo siguiente: «Les recomendé (se refiere a sus compañeros maestros del frente) que se atuviesen siempre a los intereses del soldado: interés que tienen en saber interpretar las cartas que reciben: leer; e interés que tiene el soldado en dar cuenta a sus familiares y amistades de su situación: escribir»<sup>51</sup>. Una vez que el combatiente analfabeto había aprendido a escribir, lo primero que hacía era enviar al menos dos cartas para dar noticia del acontecimiento: una para la familia, la mujer o la novia, y otra dirigida a alguna autoridad, por lo general a Jesús Hernández, entonces ministro de Instrucción Pública, o a la Pasionaria. Así lo testimonia Miguel Núñez, a través de la mano

<sup>48</sup> Sobre los manuales epistolares destinados a los soldados véase SIERRA BLAS, V.: «La guerra en el tintero. Manuales epistolares para soldados», *Pliegos de Bibliofilia*, 21 (2003), pp. 15-38.

<sup>49</sup> COBB, C. H.: *Los Milicianos...*, op. cit., p. 86.

<sup>50</sup> Sobre las madrinas de guerra, véanse MOLINARI, A.: *La buona signora e i poveri soldati. Lettere a una madrina di guerra (1915-1918)*, Turín, Scriptorium, 1998; DE RAMÓN, M., y ORTIZ, C.: *Madrina de guerra. Cartas desde el frente*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003; y SIERRA BLAS, V.: «“Mi querida Madrinita”. Realidad y ficción en la correspondencia bélica», *El Filandar. Publicación de Cultura Tradicional*, 15 (2004), pp. 12-15.

<sup>51</sup> *Pasaremos. Órgano de la 1.ª Brigada Mixta*, año II, 34 (1937).

de Ronald Fraser: «Una vez todos los hombres de su unidad hubieron aprendido a leer y escribir a Núñez le conmovía verles coger un periódico y leerlo, presos de excitación, casi leyendo letra por letra. Luego se sentaban para escribir dos cartas. La primera era para sus esposas, para decirles que habían aprendido a escribir. La segunda iba dirigida a Pasionaria y en ella le daban cuenta de la buena noticia»<sup>52</sup>.

Estas primeras cartas de los soldados, su «bautizo epistolar», era celebrado además con la publicación de las mismas en la llamada prensa de trinchera (los periódicos publicados por cada una de las unidades, agrupaciones o cuerpos militares), que divulgó considerablemente la labor de las MC, dando constantes noticias de cómo llevaban a cabo su trabajo, de los métodos empleados, de las actividades desarrolladas y de los resultados obtenidos<sup>53</sup>. Hacer de las cartas privadas documentos públicos tuvo una doble finalidad: por un lado, se pretendía que todos pudieran valorar y reconocer el esfuerzo de aquellos compañeros que habían conseguido vencer la batalla contra el analfabetismo. Como ha afirmado Rafael Abella, verse citado en letras de molde era todo un orgullo para quien lo conseguía, pues al fin y al cabo era también una forma de ser alguien, de salir del anonimato<sup>54</sup>. El empeño que muchos pusieron en evadirse del analfabetismo vino dado por la ilusión de leer en un papel el nombre propio, bien mandando un poema, una narración breve, un cuento, una crónica, una carta o cualquier otra contribución escrita. Por otro, las cartas se convirtieron en elementos propagandísticos del gobierno que, a través de ellas, trató de mostrar los resultados de las campañas de alfabetización desarrolladas en los frentes. Este uso propagandístico de las primeras manifestaciones epistolares de los soldados fue señalado interesadamente por Alfonso Iniesta, quien aseguraba que, «en cuanto el miliciano deletreaba un poco, salía para el “Camarada Ministro” una postal ya preparada, con la misma o semejante leyenda: “Ya sé escribir, gracias por tu labor. Estoy al servicio de la causa antifascista”»<sup>55</sup>.

<sup>52</sup> FRASER, R.: *Recuérdalo tú...*, op. cit., pp. 399-400.

<sup>53</sup> En agosto de 1937 existían ya 150 periódicos militares. Sobre cómo la prensa daba a conocer con profusión la labor de las MC, véase FERNÁNDEZ SORIA, J. M.: *Educación y cultura...*, op. cit., pp. 134-136.

<sup>54</sup> ABELLA, R.: *La vida cotidiana durante la guerra civil. La España republicana* [1975], Barcelona, Planeta, 2004, p. 303.

<sup>55</sup> INIESTA, A.: *Garra marxista en la infancia*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1939, p. 229.

De ese modo, el soldado quedaba inmerso en un universo de escritura más amplio al que, junto a las cartas, tampoco fueron ajenas distintas composiciones privadas, cuya principal expresión la constituyen los diarios de campaña; así como otras de carácter más literario y artístico, como poesías o dibujos, reclamadas por concursos convocados con ese fin. A esta corriente pertenece el opúsculo *Escritos de soldados. Cuadernos del frente*, publicado por el Subcomisariado de Agitación, Prensa y Propaganda del Comisariado General de la Guerra, integrado por poesías, dibujos, cartas y otros textos escritos por soldados concretos relatando su vida en el frente, la lucha contra el fascismo y la valentía de cuantos morían en defensa de la legalidad republicana. El espíritu de estas obras queda patente en la declaración de intenciones que puede leerse en la primera de la serie: «Para ti, camarada soldado, que en los frentes luchas con heroísmo para arrojar de España al fascio invasor, nacen estos cuadernos que recogen la palpitación de los frentes mismos, la gracia, la emoción, la versión directa y auténtica de las propias trincheras»<sup>56</sup>.

Sea como fuere, con cuadernos, cartas, poemas u otros testimonios, lo cierto es que muchos de los soldados que enrolaron el Ejército Popular dejaron por escrito huella de sí. Gracias tanto a las MC, que con sus clases y actividades contribuyeron a su formación intelectual, política y militar, como a Cultura Popular, que hizo posible que dispusieran de libros, revistas, periódicos y otros materiales que leer y en los que comenzar a deletrear y reconocer las primeras letras, los combatientes republicanos lucharon contra el fascismo con las armas y con la pluma, haciendo suyos esos conocidos versos que el poeta Antonio Machado dedicó a Líster:

«Si mi pluma valiera tu pistola  
de capitán, contento moriría»<sup>57</sup>.

---

<sup>56</sup> *Escritos de soldados. Cuadernos del frente*, Subcomisariado de Agitación, Prensa y Propaganda del Comisariado General de Guerra, sin año, p. 2.

<sup>57</sup> El poema dedicado «A Líster. Jefe en los Ejércitos del Ebro» pertenece al libro *La guerra*, en el que los poemas de Antonio Machado aparecen acompañados de dibujos de su hermano José Machado, Madrid, España Calpe, 1937 (publicado también en *Hora de España*, XVIII, junio de 1938).